Feminizar las políticas para un desarrollo humano sustentable y emancipador

Alba Carosio*

Resumen

*El trabajo realiza un recorrido crítico por las etapas y visiones que signaron la relación de las mujeres con el desarrollo. Se incluyen el **enfoque del bienestar**; la corriente **Mujeres en el Desarrollo (MED)**, visible en la I Conferencia Mundial de la Mujer (México, 1975), que propuso aumentar su participación en el desarrollo para disminuir la feminización de la pobreza; el **Género en el Desarrollo (GED)** que planteó la necesidad de introducir las relaciones de género en la corriente principal del desarrollo. Se analizan los conceptos de **empoderamiento** (generando poder por y para las propias mujeres) que surgió en organizaciones populares y feministas, y fue adoptado en la Conferencia Mundial de la Mujer en Nairobi (1985), la **transversalización de género** como estrategia para avanzar en la equidad de género, y el **enfoque de derechos** que agrega legitimidad a la demanda de las mujeres, que confluyeron en la IV Conferencia Mundial de Naciones Unidas sobre la Mujer (1995) y la Plataforma de Acción de Beijing. Por su parte, el paradigma de Desarrollo Humano coloca a los seres humanos en el centro del desarrollo lo que hace más evidente la desigualdad entre mujeres y hombres, que con la visión de sustentabilidad incluye el compromiso con las generaciones futuras. La teoría feminista ha visibilizado el cuidado de la vida como el aporte específico de las mujeres al desarrollo. El cuidado (que ha sido rol histórico de las mujeres) se propone como responsabilidad social y no como mera elección individual. En el siglo XXI ha de cambiar el sentido del cuidado, visibilizando su importancia desde una óptica de derechos y corresponsabilidad por el bienestar cotidiano, en un desarrollo humano sostenible con sensibilidad de género. Se trata de maternizar a la sociedad y desmaternizar a las mujeres, es decir de **feminizar las políticas de desarrollo**.*

* Magister en Filosofía, coordinadora de Investigación del Centro de Estudios de la Mujer, Universidad Central de Venezuela.

Desarrollo y progreso

Las teorías del desarrollo piensan la historia humana como camino de progreso, avance y perfeccionamiento de la humanidad y sus posibilidades. Proponen vías para realizar esa travesía, así como análisis de aciertos y errores que conducen a avances y retrocesos, fundamentadas en definiciones de cuáles son los modelos de desarrollo deseables. El desarrollo es parte del proceso civilizatorio que va dando lugar a formas cada vez más complejas de control de la naturaleza y de ordenamiento de las relaciones humanas y la cultura. El origen concepto de desarrollo aplicado a las sociedades puede rastrearse hasta la noción biológica de desarrollo que a partir del Siglo XVIII se comenzó a emplear relacionado con creencias en la superioridad del modo de vida occidental y con la idea de la modernización como bien. El pensamiento de la Ilustración y la Revolución Francesa gestaron la idea de un futuro humano ligado irreversiblemente al progreso. Pensar el desarrollo significa tener confianza en las posibilidades de progreso humano, bien sea el de las fuerzas productivas, el de la civilización, el de las relaciones sociales. En todo caso el problema está en que esta relación que suele entenderse como lineal y en una sola dirección.

Una visión del desarrollo lo define como crecimiento de la producción de bienes, apoyada en avances tecnológicos, es decir, industrialización para producción masiva. Desde este punto de vista, se ha partido de dar por sentado que hay unos países desarrollados, caracterizados por un mayor nivel de vida especialmente en lo material y otros subdesarrollados, y entonces las teorías del desarrollo han propuesto alternativas de cómo ir de un estadio a otro. Ocurre así, que hay un conjunto de países adelantados, que han logrado el progreso y un conjunto de países “atrasados” que no lo están logrando.

Enfoques teóricos contrapuestos pretenden explicar el origen de las diferencias entre países, buscando causas endógenas y exógenas: en un lado se encuentran los enfoques de modernización y en el otro los enfoques de la dependencia. También contrapuestos son los enfoques que consideran que el avance tecnológico e industrial es siempre positivo y un enfoque crítico preocupado por el impacto del progreso técnico en los seres humanos,

que postula el rescate valorizador de formas y estilos de vida considerados “atrasados”.

En cuanto al papel del género en el desarrollo, se han ido proponiendo enfoques derivados del predominio de diferentes representaciones sobre las mujeres. Del foco en su papel como madre, se pasó a buscar su incorporación a la producción y a la vida social como rasgo de la modernización y progreso de las sociedades, y a analizar el impacto diferenciado de los cambios en mujeres y hombres, buscando concepciones alternativas y emancipatorias del desarrollo que incluyan necesidades y aportes de las mujeres.

Revisión desde el género a los enfoques del desarrollo

En las décadas de **1950** y **1960**, la conceptualización del desarrollo se centró en el concepto de “modernización”, cuyo principio está constituido por la racionalidad económica apoyada por la ampliación de la capacidades tecnológicas e industriales. Tal marco teórico sostiene que la desigual distribución de la riqueza en el mundo puede ser explicada en función de los distintos niveles de desarrollo tecnológico que han alcanzado las sociedades. En este sentido, el crecimiento económico se asocia a los procesos de industrialización y urbanización, de modo que las economías de subsistencia (sector “tradicional”) deben transformarse en un sistema comercializado de economía nacional (“sector capitalista moderno”), hasta llegar a convergir en el modelo occidental de desarrollo.

En esta visión, los países se desarrollan mediante el crecimiento productivo, porque así la población logra un mayor acceso a los bienes. Los teóricos estaban convencidos de que bastaba centrarse exclusivamente en el crecimiento para alcanzar el objetivo último de desarrollo. En otras palabras, el crecimiento se convertía no sólo en el medio para alcanzar el desarrollo sino en el fin del desarrollo mismo. Las estrategias se basaban en la industrialización rápida, un masivo empuje para alcanzar a los países desarrollados y la frontera industrial.

Los años ‘50 y ‘60 fueron los de la “confianza en el desarrollo”, con la convicción de que la industrialización y la técnica lograrían resolver la

escasez y con ella todos los problemas humanos. Se colocó la atención principalmente en la acumulación de capital físico, en la sustitución de importaciones, y en el aumento de la productividad; y paralelamente se enfatizó la necesidad de patrones culturales, políticos y económicos, y estilos de vida y de consumo cada vez más normalizados. El proyecto desarrollista fue un concepto organizador: el desarrollo como estrategia para alcanzar los niveles de vida y bienestar occidentales.

La industrialización con sus promesas de crecimiento y abundancia de bienes infinitos durante la primera mitad de siglo XX, cubría el mundo con un optimismo ilimitado, y así resultaban invisibles las consecuencias negativas de la industria sobre la naturaleza y las personas. La tesis implícita en las teorías de la modernización es que el cambio social es un proceso neutral respecto de la condición de mujeres y hombres.

Para las teorías sobre el desarrollo de los países volvieron su mirada a las mujeres, considerándolas como beneficiarias pasivas del progreso social. Se puso la mirada sobre el rol de las mujeres como reproductoras, la línea consistió en atender sus necesidades prácticas en ese aspecto, en concreto los esfuerzos se concentraron en disminuir la desnutrición y promover la planificación familiar. En esta primera etapa, las políticas de desarrollo se centraron en las familias, las mujeres fueron su correa de transmisión. Se partía del supuesto normativo de que la maternidad era el rol primordial de las mujeres y que esa era su aportación principal a la riqueza de los países. Mientras que la inversión económica internacional se dedicaba a incrementar la capacidad productiva de la fuerza de trabajo masculina, reforzando la idea de que el rol productivo es de los hombres, las estrategias de bienestar social se centraban en la familia, percibiendo a la mujer únicamente en términos de su rol reproductivo, canalizadora de alimentos y prestadoras de servicios para su núcleo familiar.

Introducido en los años '50 y '60, el llamado **enfoque del bienestar**, es el primer enfoque relacionado con las mujeres de los países en desarrollo, se basaba en dos ideas fundamentales: las mujeres como receptoras pasivas del desarrollo económico y grupo vulnerable, cuyo principal papel en el desarrollo es la reproducción y el cuidado de los hijos. Desde esta perspectiva las políticas y proyectos de desarrollo van dirigidos a las mujeres en cuanto

madres y responsables de la reproducción de sus familias, y ellos son programas de salud materno-infantil, donaciones de alimentos, programas de planificación familiar dirigidos exclusivamente a las mujeres, etc. Se piensa que estas acciones son convenientes no sólo para la mujer, sino básicamente para el desarrollo económico del conjunto de la sociedad. En este sentido, puede concluirse que el enfoque del bienestar asume una visión de la mujer sin autonomía ni derechos, y que su rol principal se sitúa en la esfera reproductiva. Predomina discurso de la mujer como económicamente inactiva, tanto desde la academia como desde las representaciones sociales.

Aunque las políticas desarrollistas impulsadas tanto por los gobiernos como por los organismos internacionales de ayuda partieron de la convicción de que una población abundante era un bien positivo, porque suponía contar con un amplio ejército de mano de obra, también empezó a verse la reducción de la natalidad como una manera de reducir la pobreza. El tema de la población ocupó un lugar destacado en la agenda de los Organismos Internacionales y no tardó en aparecer la preocupación por la mujer como protagonista y responsable por el control de la fecundidad, variable clave en la determinación del nivel y de los ritmos de crecimiento de la población, y por lo tanto en la proporción de pobreza.

Las Agencias de Desarrollo, respondiendo a la preocupación imperante, se dirigieron a las mujeres para la reducción del promedio de número de hijos. Los primeros programas, inspirados en las tesis maltusianas, asumieron que se podría reducir la pobreza simplemente reduciendo la fecundidad. Más tarde se demostró y reconoció que las variables asociadas a las condiciones de la mujer, como la educación y la participación económica, tenían un impacto directo en los niveles y en la estructura de la fecundidad.

En la década de **1970** se produce el cuestionamiento al desarrollo, ante la comprobación de los límites de las políticas de crecimiento económico para lograr una distribución equitativa de los beneficios. Por ejemplo, Celso Furtado en su libro “El desarrollo económico: un mito” (1974), postula que la imitación de los estilos de vida desarrollados de la élite latinoamericana consumista e individualista, y podríamos agregar utilitarista, narcisista, y emuladora de los patrones de consumo internacionales, es causa del subdesarrollo de la periferia. Se pregunta si el desarrollo puede ser generalizado

para todos los pueblos del planeta, y concluye que no sólo los problemas poblacionales o de los recursos no renovables inhiben una generalización del desarrollo, sino también el hecho de que una élite mantenga un consumo suntuoso, sobre todo en la periferia, donde la dependencia cultural asume formas más claras. De acuerdo con Furtado (1974). “*el comportamiento de grupos que se apropian del excedente, condicionado por la situación de dependencia cultural en que se encuentran, tiende a agravar las desigualdades sociales, en función del avance de la acumulación.*” La modernización de los patrones de consumo e imitación de los estilos de vida “desarrollados” crea un círculo vicioso que profundiza el sub-desarrollo.

El trabajo de Samir Amin (1974) mostró cómo las estructuras económicas tradicionales se transforman en estructuras “subdesarrolladas” una vez entran en contacto con el sistema económico capitalista. El propio subdesarrollo no es la consecuencia del aislamiento de las sociedades con respecto a la expansión del capitalismo, sino que es justamente el resultado de su incorporación en él. Immanuel Wallerstein (1975) ubicó el subdesarrollo como el resultado de la expansión de la economía - mundo capitalista -proceso originado en Europa occidental hace quinientos años- que, a tenor de su lógica intrínsecamente global, va integrando progresiva e ineludiblemente las distintas zonas del planeta.

Desde comienzos de los años 70, se constató que las mujeres no se beneficiaban de igual forma que los hombres de los programas de ayuda implementados después de la Segunda Guerra Mundial. Un primer objetivo fue entonces, “hacer visibles a las mujeres como categoría de análisis en los estudios y políticas de desarrollo”. Y comenzó a mostrarse la contribución de las mujeres a la producción, Esther Boserup (1970), con su obra titulada “El papel de la mujer en el desarrollo económico” demostró que los planificadores del desarrollo habían actuado siempre bajo supuestos estereotipados sobre las mujeres: la subestimación de su rol productivo y la equiparación del trabajo de las mujeres a las tareas de reproducción y cuidados.

Estas ideas se plasmaron en la corriente de **Mujeres en el Desarrollo (MED)** que tuvo su escenario más visible en la I Conferencia Mundial de la Mujer (México, 1975) y desde la década de los setenta ha sido el enfoque más influyente. Se pensó que hacer visible la contribución real de las mujeres a la

economía y facilitarles el acceso a los recursos materiales sería suficiente para eliminar su marginación de los procesos de desarrollo. Y para incrementar la eficiencia de las políticas era necesario romper los estereotipos y prejuicios de las y los planificadores. En el enfoque MED (Mujer en el Desarrollo) las mujeres son vistas como participantes activas en el desarrollo.

Tres fueron las ideas orientadoras de las políticas dirigidas a aumentar la participación de las Mujeres en el Desarrollo:

1. **equidad**, el crecimiento es inherentemente inequitativo y por eso, es necesario desarrollar políticas con objetivos sociales, que integren a las mujeres al desarrollo de manera que puedan beneficiarse de éste tanto como los hombres.
2. **antipobreza**, versión “suavizada de tono” de la equidad. Para conjurar la pobreza las mujeres pobres deben aumentar su productividad. La pobreza de las mujeres es vista como un problema del subdesarrollo y no de la subordinación patriarcal. Busca satisfacer las necesidades prácticas de género de ganar un ingreso, sobre todo mediante proyectos de pequeña escala para generar ingresos, sin tener en cuenta las limitaciones derivadas de los roles de las mujeres.
3. **eficiencia** tiene como objetivo asegurar la contribución económica de las mujeres al desarrollo. Se pretende una mayor participación de las mujeres en la producción sin aportar medios de apoyo ni alivio a sus obligaciones familiares. Las mujeres son vistas sobre todo en términos de capacidad para compensar la disminución de los servicios sociales mediante la extensión de su jornada de trabajo. Y subyace una visión simplista de que una mayor integración de las mujeres trae mayor equidad. (Caroline Moser)

MED tiene el mérito de haber visibilizado otras potencialidades de las mujeres, diferentes de las reproductivas y su papel en el desarrollo. Sin embargo, su objetivo de integrar a las mujeres de una manera funcional a una estrategia de desarrollo dada, se basa en la premisa que el desarrollo necesita a las mujeres. Para esto pone énfasis en el papel productivo de las mujeres entendiendo su subordinación por su exclusión del mercado y del trabajo remunerado. Estos supuestos han llevado a considerar a las mujeres

aisladamente, buscando soluciones parciales y señalando sus necesidades a través de intervenciones específicas o en proyectos con un “componente” de mujer.

Una limitación determinante de este enfoque estuvo en no tener en cuenta la cuestión del poder patriarcal como una propiedad de las relaciones de género. La preocupación por las actitudes individuales, más que por los poderes económicos, políticos e interpersonales que los varones ejercen sobre las mujeres, planteó un marco teórico que ve las distorsiones de la socialización del rol sexual (por ej. la violencia de género) como la clave explicativa de la desventaja de las mujeres. No se cuestiona la división social del trabajo.

Simplemente se plantea la incorporación de las mujeres al desarrollo desde una mejor posición. Y con esta finalidad propone mayores oportunidades de capacitación y educación, que posibiliten su acceso al sector moderno de la economía y de este modo a los beneficios del desarrollo. Así las mujeres trabajan para el desarrollo, en lugar de que el desarrollo trabaje para ellas.

En este enfoque del desarrollo, las relaciones patriarcales, es decir, los patrones culturales de dominación masculina, son aprovechadas por el capitalismo para lograr una mayor docilidad y un menor coste de la fuerza de trabajo. El sistema capitalista hace uso de las desigualdades de género existentes y ubica a la mujer en posiciones subordinadas a distintos niveles de interacción entre la clase social y el género. Lourdes Benería y Gita Sen argumentan que el papel de la mujer en el desarrollo tiene que estudiarse a partir de la conexión existente entre las desigualdades de género y de clase, puesto que son las mujeres pobres las más oprimidas por el capitalismo, considerando en esta relación al sistema patriarcal.

Para esta misma época, el desarrollo teórico feminista produjo el concepto de género, introducido por Ann Oakley en 1972 en su libro “Sexo, Género y Sociedad” y elaborado en el año 1975 por la antropóloga feminista Gayle Rubin en su libro “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”. El sistema de género/sexo se define como el conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómo-fisiológica. El

concepto de género se refiere a la existencia de una normatividad femenina edificada sobre el sexo como hecho anatómico, y a la subordinación social y política que se ha construido sobre la determinación sexual femenina. Pone de manifiesto que no hay una relación “natural” entre conductas y palabras como masculinas o femeninas: en ambos casos se trataba de convenciones sociales.

El género es una categoría de análisis que pone el énfasis en la ubicación de los sujetos a partir de las relaciones de poder. Y hace referencia a desigualdades estructurales marcadas por el acceso desigual de las mujeres y los hombres a recursos materiales y no materiales. El género es un estratificador social que actúa como otros marcadores sociales como la clase y la etnia.

A partir de estas elaboraciones, a mediados de **1980** surgió, a iniciativa de las mujeres del Sur, la corriente **Género en el Desarrollo (GED)** como reacción a la marginalización de programas y proyectos dirigidos a las mujeres. Con una clara insistencia en la necesidad de introducir las relaciones de género en la corriente principal del desarrollo, el objetivo GED es empoderar a las mujeres para mejorar su posición social respecto a los hombres y así lograr un cambio que beneficie y transforme la sociedad. Tal como señalan Lourdes Benería y Gita Sen, “*para la mujer pobre, el empleo remunerado no disminuye en ninguna forma los efectos inherentes de su género y de su clase. Para ellas, la satisfacción de sus necesidades básicas en condiciones de igualdad con el hombre requiere que los cambios sean más profundos*” (Cit. en Sonia Parella Rubio, 2003). La integración de las mujeres al desarrollo ha supuesto más bien su integración a la explotación.

A diferencia del enfoque MED, puesto que el género es un concepto relacional, la responsabilidad del cambio no sólo concierne a las mujeres, sino que se desplaza hacia hombres y mujeres en todos los niveles del proceso de desarrollo. El concepto de la división sexual del trabajo es central en GED, lo que nos lleva a un análisis de las formas específicas de las interrelaciones de los géneros producido por la división social. Es un asunto de derechos humanos y justicia social.

El **empoderamiento** es una formulación del GED, articulado por las mujeres del Tercer Mundo. Su propósito es dar más poder a las mujeres mediante

una mayor confianza en sí mismas. La subordinación de la mujer es vista no sólo como el problema de los hombres, sino también como opresión colonial y neo-colonial. Este enfoque propone conceptos, metodologías y estrategias para transformar las relaciones de poder entre hombres y mujeres, creando condiciones para que los procesos de decisión sobre el futuro personal y colectivo puedan ser equitativos en todos los ámbitos de interacción humana. Analiza las relaciones sociales entre hombres y mujeres y no sólo la situación de la mujeres y concibe a las mujeres como sujetas de cambio social.

El concepto de empoderamiento surge en organizaciones populares y organizaciones feministas. Una agrupación amplia de mujeres y de organizaciones feministas creadas poco antes de la Conferencia Mundial de la Mujer en Nairobi (1985), con el nombre de DAWN (Desarrollo Alternativo con Mujeres para una Nueva Era)¹, sintetizó esta estrategia de generación de poder en los siguientes términos:

“Queremos un mundo libre de las desigualdades de clase, género y raza, tanto dentro de cada país como entre los países. Queremos un mundo donde las necesidades básicas se transformen en un derecho inalienable y donde la pobreza y toda forma de violencia sean eliminadas. Donde cada persona tenga la oportunidad de desarrollar sus potencialidades y creatividad plenas y donde los valores femeninos de formar y cuidar a los otros y de solidaridad, caractericen las relaciones humanas. En un mundo como ese, el papel reproductivo de la mujer tendrá que ser redefinido: el hombre, la mujer y la sociedad en su conjunto compartirán la crianza y el cuidado de los hijos... Solamente estrechando los vínculos entre el desarrollo, la igualdad y la paz podremos mostrar que estos ‘derechos inalienables’ de los pobres están entrelazados con la transformación de las instituciones que subordinan a la mujer. Todo esto puede lograrse **generando poder por y para** las propias mujeres”. [DAWN, 1985]

El empoderamiento se relaciona, primero y antes que nada, con el poder entendido en términos de relación social. Se tiene en cuenta la variedad de

1 DEVELOPMENT ALTERNATIVES WITH WOMEN FOR A NEW ERA es una red de investigadoras y activistas del Sur económico quienes realizan investigación feminista y análisis de entorno global y están comprometidas con el trabajo por la justicia económica, la justicia económica y la democracia.

experiencias de subordinación de las mujeres, que pueden variar con relación a la clase social, etnia, nación, edad, etc. Se cuestionan las relaciones entre hombres y mujeres relacionadas con el contexto en que viven, así como las estructuras sociales y las instituciones. Lo que implica cambios en todas las esferas de la vida humana. No consiste solamente en lograr el acceso al poder, sino en percibirse como capaz de ocupar espacios en la toma de decisiones y ejercerlos efectivamente. La base para este proceso de empoderamiento es la organización.

Inicialmente, las principales agencias de desarrollo ignoraron el concepto de empoderamiento, pero a partir de la década de los años noventa, ha ido teniendo un fuerte eco en los enfoques de desarrollo que plantea el PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). El concepto de empoderamiento comenzó a utilizarse por actores diversos (agencias de desarrollo multilaterales y bilaterales, gobiernos y organizaciones de la sociedad civil, patronos, empresarios, educadores, etc.) con ideologías, enfoques y prácticas muy variados, su significado llegó a hacerse confuso e impreciso, y constituye en muchos casos, una coartada para evitar la responsabilidad por atender necesidades y requerimientos concretos de las mujeres pobres.

Desarrollo Humano Sustentable y Género

El paradigma de Desarrollo Humano apareció a finales de los ochenta, cuestionando la visión utilitarista del desarrollo como crecimiento de la producción, y definiéndolo como el aumento de las oportunidades socioeconómicas de las personas de un país, es decir, el aumento de las capacidades humanas de sus habitantes, a lo que el aumento de los bienes contribuye de manera indirecta.

Curiosamente, a la par que se extendía la ola neoliberal apoyada en la globalización, el primer Informe sobre Desarrollo Humano fue lanzado en Londres el 24 de mayo de 1990, y exploró la relación entre crecimiento económico y desarrollo humano. En él, se reconoce que es incorrecto considerar la mitigación de la pobreza como un objetivo distinto del desarrollo

humano, para lo cual es necesario modificar las estrategias de crecimiento. Dice el Capítulo 1 del Primer Informe de Desarrollo Humano:

“La verdadera riqueza de una nación está en su gente. El objetivo básico del desarrollo es crear un ambiente propicio para que los seres humanos disfruten de una vida prolongada, saludable y creativa. Esta puede parecer una verdad obvia, aunque con frecuencia se olvida debido a la preocupación inmediata de acumular bienes de consumo y riqueza financiera.” (Desarrollo Humano. Informe 1990: 29)

Son requisitos del Desarrollo Humano: a) Condiciones materiales mínimas: disponibilidad de bienes, esperanza de vida y educación, b) Garantías en derechos humanos, c) Garantías en sustentabilidad. Se pone en entredicho no ya las vías a un determinado tipo de desarrollo asumido sin crítica, sino el hecho mismo de qué tipo de desarrollo desean los pueblos para su bienestar.

Los trabajos de Amartya Sen y otros proporcionaron el fundamento conceptual de un enfoque alternativo y más amplio del desarrollo humano definido como un proceso de ampliación de las oportunidades y aumento de las capacidades y libertades humanas, permitiendo disfrutar de vidas largas y saludables, con acceso al conocimiento, con condiciones aceptables de vida y participación en la vida de su comunidad y en las decisiones que afectan su vida. Se trata de que las personas puedan ser y hacer lo que quieran.

Por su parte, en 1987 el Informe Brundtland *Nuestro Futuro Común*, elaborado por la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, había propuesto el concepto de Desarrollo Sustentable que define como: “*El desarrollo que satisface las necesidades básicas y las aspiraciones de bienestar de la población del presente, sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para la satisfacción de sus necesidades y aspiraciones*” (Brundtland, 1987: 22) La sustentabilidad² del desarrollo sólo se logrará en la medida que se

2 **Sustentable:** (Del lat. *sustentare*, intens. de *sustinare*) hace referencia a una capacidad, es una actividad factible de mantenerse, hace referencia a la base física, incluyendo la biológica y económica que permite su desarrollo. Por ejemplo, un sistema de energía solar puede no ser sustentable cuando su proceso completo implica mayor gasto de energía que el que producirá en toda su vida útil.

Sostenible: (Del lat. *sustinare*) hace referencia a un proceso, a la continuidad y perdurabilidad en el tiempo de las actividades y acciones, por ello tiene en cuenta la reproducción y

logre preservar la integridad de los procesos naturales que garantizan los flujos de energía y de materiales en la biosfera, y a la vez se preserve la biodiversidad del planeta. El enfoque de Desarrollo Sustentable propone la mejora en la “calidad de vida humana sin rebasar la capacidad de carga de los ecosistemas que la sustentan”.

El Primer Informe de Desarrollo Humano apenas mencionó el tema de género pero hizo notar que el aumento de los hogares con jefatura de mujeres ha conducido a la feminización de la pobreza y que a su vez las mujeres estaban menos calificadas para incorporarse a la producción comercial. Y en 1995, el mismo año de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer realizada en Beijing, el Informe de Desarrollo Humano se dedicó al tema de género:

La más persistente ha sido la disparidad en la condición de los sexos, pese a la incesante lucha por lograr la igualdad de oportunidades para mujeres y hombres.

...

En los dos decenios pasados, se han hecho inversiones sustanciales en la educación y en la salud de las mujeres; pero las puertas hacia las oportunidades económicas y políticas se han ido abriendo en forma más lenta y con reticencias.

El Informe de Desarrollo Humano de 1995, “La revolución hacia la igualdad en la condición de los sexos”, es el primer informe que incorpora de manera específica la potenciación de las mujeres como una de sus metas.

Para hacer más evidente la desigualdad entre mujeres y hombres el Informe de Desarrollo Humano de 1995 propuso dos índices específicos: el índice de desarrollo relacionado con la mujer (IDM) que mide el grado de adelanto en la misma capacidad básica, pero incorpora la desigualdad entre mujeres y hombres. Y el índice de potenciación de la mujer (IPM) que mide si las mujeres y los hombres están en condiciones de participar activamente en la vida económica y política y en la adopción de decisiones: incluye pro-

recuperación de los recursos. La sobreexplotación de los recursos, por ejemplo de un acuífero, que lleva a su salinización o agotamiento, es no sostenible. La sostenibilidad incluye la sustentabilidad.

porción de mujeres y hombres en puestos legisladores, altos funcionarios o directivos y en puestos profesionales y técnicos y la estimación de ingresos percibidos por mujeres y hombres.

Los indicadores que se seleccionan implican en sí mismos una posición, ocurre que a través de ellos, los problemas de la vida se traducen gradualmente en necesidades de administración o en nuevos campos de acción del Estado, el mundo de la vida es colonizado por la administración pública. Se suelen convertir fenómenos sociales complejos en variables unidimensionales sin contexto y sin proceso histórico, que luego se recontextualizan al ser redefinidas como políticas de desarrollo. En el camino asuntos potencialmente explosivos desde el punto de vista social y político son despolitizados o desactivados, y convertidos en “asuntos de Estado” aceptados por la sociedad como parte del bien común.

El Informe de Desarrollo Humano de 1995 estuvo guiado por el feminismo liberal, se trata de buscar un acceso igualitario a la educación, empleo, tierra, crédito y a reclamar reformas legales. En este contexto, las mujeres nórdicas de los países escandinavos se erigieron como los modelos que las mujeres del tercer mundo deben emular. Mientras que las mujeres del tercer mundo fueron representadas uniformemente pobres y víctimas de tradiciones retrógradas.

La estrategia que proponía el Informe de Desarrollo Humano de 1995 se centraba en:

- Eliminar la discriminación legal de las mujeres
- Promover nuevos arreglos institucionales y económicos para facilitar la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo.
- Establecer cuotas de participación de mujeres en los parlamentos y posiciones administrativas y gerenciales; y
- Universalizar la educación de las mujeres, garantizar sus derechos reproductivos, su acceso al crédito y el empleo.

Aunque ninguna feminista podría estar en contra de estas condiciones mínimas, pero es necesario señalar que estas líneas partían de la categoría universal mujer sin hacer distinción de clase, raza, nacionalidad, orientación sexual y contexto cultural.

En septiembre de 1995, la IV Conferencia Mundial de Naciones Unidas sobre la Mujer aprobó la Declaración y la Plataforma de Acción de Beijing, que es en esencia un programa para la potenciación del papel de la mujer y representa un momento decisivo para el adelanto de la mujer en el siglo XXI. La **transversalización de género** es propuesta como estrategia para avanzar en la equidad de género. La igualdad de género y el avance de las mujeres son dimensiones intrínsecas del desarrollo humano equitativo y sustentable. La transversalización de género debe darse en el proceso de toma de decisiones y en la ejecución de políticas y programas. En el año 2000, se plantea como una de las metas del milenio “Promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer como medios eficaces de combatir la pobreza, el hambre y las enfermedades y de estimular un desarrollo verdaderamente sostenible”.

La transversalización de género es el proceso de valoración de las implicaciones que tienen para hombres y mujeres las acciones planeadas, se trata de que los beneficios sean iguales y los resultados sean iguales. Para lograr la igualdad de facto o igualdad en la práctica serán necesarias medidas de discriminación positiva, que son en realidad medidas de reparación histórica de desigualdades estructurales y culturales, teniendo en cuenta las diversidades y diferencias. Se trata de corregir las desigualdades de género en la esfera social y económica, así como en términos de derechos civiles y políticos”.

Las acciones de desarrollo no son neutras, tienen impactos diferenciales en mujeres y hombres porque hay condiciones y posiciones diferentes y desequilibrios sistemáticos, como la desigualdad de disponibilidad de tiempo entre mujeres y hombres. Toda y cualquier política que no explicita a las mujeres como grupo beneficiario corre el riesgo de perjudicarlas. Se tiene en cuenta que si no compensa las desigualdades contribuye a mantenerlas. Y por esto, se definen políticas sensibles al género, es decir, con enfoque transversal de género.

Existe un consenso en torno a la necesidad de una agenda de desarrollo humano sensible al género, en tanto coloca la equidad de género como preocupación central y sensible al principio de no-discriminación. En este sentido, la justicia de género puede definirse como “acceso a” y “control sobre” los recursos, tanto en el ámbito doméstico como público, combinado

con la agencia, es decir, la capacidad de realizar elecciones que se basa en el conocimiento y el empoderamiento.

Desarrollo Humano Sustentable sensible al Género desde un Enfoque de Derechos

Los seres humanos están en el centro del Desarrollo Humano y de los Derechos Humanos, pero estando la humanidad compuesta por hombres y mujeres en situación de desigualdad histórica, ambos para ser éticamente completos deben ser sensibles al género.

Para la visión del desarrollo basado en un enfoque de los derechos humanos se determina la relación entre individuos y grupos como reclamos válidos de sujetas y sujetos de derechos y actores estatales y no estatales con obligaciones correlativas, es decir, titulares de deberes. Este enfoque tiene como objetivo fortalecer las capacidades de las y los sujetos de derechos para elevar sus reclamos, así como las de las y los titulares de deberes para cumplir con sus obligaciones.

Las personas son en esta visión sujetos de derecho, y el estado es el servidor público que tiene como responsabilidad principal dar cumplimiento a los derechos ciudadanos. El desarrollo humano sensible al género se programa desde un enfoque de derechos, de manera tal que, las mujeres son titulares de derechos y no como receptoras de acciones asistenciales. La vida libre de pobreza y discriminación es un derecho humano.

Desde esta perspectiva, todas y todos tenemos derecho a la participación en el desarrollo, entendido como un proceso integral económico, social, cultural y político que tiene por objeto el mejoramiento constante del bienestar de toda la población y de cada uno de sus integrantes. El **enfoque de derechos** agrega legitimidad a la demanda de las mujeres de participación significativa en el bienestar y en las decisiones que lo afectan, al mismo tiempo previene retrocesos y fundamenta la creación de mecanismos de rendición de cuentas. El enfoque de derechos de género, permite señalar las brechas entre el reconocimiento de la igualdad formal y la real, como elemento clave para el ejercicio pleno de la ciudadanía.

El enfoque de derechos de las mujeres a la participación significativa en el desarrollo se basa en la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra las Mujeres (CEDAW/CEDIM)³ adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1979, incluida en 1993 como parte inalienable, integrante e indivisible de los derechos humanos universales. Todos los programas de desarrollo deben contribuir al cumplimiento de los derechos humanos.

Por su parte el derecho al desarrollo es un derecho humano inalienable para participar en un desarrollo económico, social, cultural y político en el que puedan realizarse plenamente todos los derechos humanos y libertades fundamentales. La satisfacción de las necesidades básicas y humanas, como la alimentación, el agua potable, la vivienda, la salud o la educación es condición ineludible para que las personas pueda estar en condiciones de ejercer seus derechos humanos.

La CEDAW/CEDIM es una guía para el Desarrollo Humano Sostenible sensible al Género, una agenda política y un instrumento legal. Se rige por tres principios básicos: igualdad de resultados, no discriminación y responsabilidad estatal. En ella se establecen las medidas especiales de carácter temporal, medidas específicas adoptadas con el fin exclusivo de asegurar el adecuado progreso de ciertos grupos o de ciertas personas que requieran la protección que pueda ser necesaria con objeto de garantizarles, en condiciones de igualdad, el disfrute o ejercicio de los derechos humanos y de las libertades. En la CEDAW/CEDIM se define como discriminación todo acto que tenga *por objeto o por resultado* la violación o menoscabo de los derechos humanos de las mujeres.

El cumplimiento de la CEDAW/CEDIM está garantizado por un Comité de Seguimiento conformado por 23 expertas y expertos internacionales ante los cuales cada país firmante debe presentar informes de avance. Porque el enfoque de derechos sostiene que al aplicar las reglas no solamente se cumplen deberes morales y políticos, sino que se cumplen obligaciones jurídicas internacionales. El estado está obligado a identificar cuáles son

3 Hasta la fecha ha sido ratificada por 184 países. Estados Unidos de Norteamérica no la ha ratificado.

sectores histórica, estructural o coyunturalmente discriminados, a producir información para detectarlos y a adoptar medidas de acción positiva para ir avanzando las brechas.

La equidad de género como garantía de la no discriminación e igualdad efectiva de las mujeres es un elemento integrador de la equidad social para el desarrollo humano sustentable. Se trata de garantizar a las mujeres el ejercicio de sus derechos humanos, lo cual requiere equidad en oportunidades y en condiciones para lograr la igualdad de resultados.

Alternativas del desarrollo o desarrollo alternativo

Una concepción alternativa del desarrollo incluye no solamente el desarrollo humano como ampliación de capacidad y libertades, sino como ejercicio efectivo de derechos iguales para todas y todos, a partir de la valoración equitativa de las diferencias, de manera que se garantice el bienestar individual y social presente y futuro, es decir, un bienestar cotidiano sustentable. La calidad de vida en la cotidianidad debería ser el norte de las políticas de desarrollo.

Este concepto es central porque el desarrollo debería ser medido por el grado en que se logra en el ejercicio habitual –donde se contraponen la lógica de producción para producir ganancia y la lógica de producción para satisfacer necesidades– tener y cuidar el bienestar de las personas como objetivo de la actividad humana. En la vida diaria es donde se visibiliza lo reproductivo como constructor del bienestar, y sus interacciones con el sistema económico en su conjunto. El gran aporte del feminismo fue desvelarlo como uno de los principales nudos de las desigualdades en términos de oportunidades y de poder.

El aporte conceptual del Desarrollo Humano está en considerar al ser humano en el centro del enfoque y el énfasis en funcionamientos y capacidades, permite incorporar también la reflexión sobre su cuidado y su mantenimiento, y por lo tanto de los trabajos reproductivos que socialmente tienen asignados las mujeres, infravalorados por la concepción tradicional del desarrollo, pero que sin embargo suponen actividades más directamente forjadoras de capacidades.

El sistema sexo/género mantiene como invisible el trabajo no remunerado de las mujeres, y organiza y rige la asignación de posiciones sociales de acuerdo a la división sexual del trabajo, y determina un modelo de ciudadanía basado en el poder masculino, el patriarcado; donde está implícito que corresponde a las mujeres dotar de infraestructura a los hombres para que puedan ejercer funciones de ciudadanos, y son ellas quienes tienen la misión de ocuparse debidamente de los “dependientes” familiares: niños y niñas, ancianos, enfermos y otros.

El cuidado de la vida ha sido el aporte específico de las mujeres al desarrollo, esta tarea asignada por la división sexual de nuestro modelo civilizatorio, es garantía de la protección social que necesitan los seres vivos para crecer y mantener su bienestar. Se ha calculado que las horas de trabajo no remunerado de cuidado duplican a las remuneradas, y si fueran remuneradas sumarían un 70% de los montos totales, todo lo cual demuestra a importancia del trabajo no remunerado y la economía del cuidado para el bienestar social. Las actividades de cuidado no remunerado en las que se especializan las mujeres son una mano invisible que permite funcionar al sistema mercantilizado.

La producción capitalista regida por el principio de acumulación, se ha desligado del cuidado de la vida humana, apareciendo como un proceso paralelo y autosuficiente. Además de mantener invisible el nexo con las actividades de cuidados, utiliza a las personas como un medio para sus fines: la obtención de beneficio. El trabajo humano ha sido dividido en productivo y reproductivo, especializado por género en valores de cambio para el mercado y valores de uso para el consumo inmediato cotidiano. La ubicación de las mujeres en el ámbito de lo reproductivo opera como primera forma de exclusión económica, social y política y restringe sus oportunidades, a partir de condiciones desiguales de vida y tiempo.

El patriarcado se fundamenta en la división sexual del trabajo y es inherente a las necesidades del capitalismo, porque éste último se sirve de la subordinación de las mujeres en beneficio del capital, tanto en la producción doméstica, que garantiza la reproducción invisible de la vida, como en la producción capitalista, donde la subordinación garantiza mano de obra más

dócil. Este “nuevo” proletariado femenino constituye una fuerza de trabajo especialmente flexible, disciplinada y barata.

José Luis Rebellato lo sintetizó así: “Patriarcado, imperialismo, capitalismo, racismo. Estructuras de dominación y violencia que son destructivas para los ecosistemas vivientes”, porque desintegran la totalidad de la vida. La familia es el lugar de reafirmación del patriarcado y de las relaciones capitalistas.

En la vida cotidiana contemporánea, el hombre mantiene su rol casi intacto pero la figura del ama de casa tradicional tiende a desaparecer, lo cual no significa que ésta abandone sus tareas de cuidadora y gestora del hogar, sino que de hecho asume un doble papel, el familiar y el laboral. Y un triple rol, cuando se la llama al cuidado social, a la acción cuidadora en lo público. En este sentido, la experiencia cotidiana de las mujeres es una negociación continua en los distintos ámbitos sociales –como cuidadoras responsables de los demás y como trabajadoras asalariadas con todas las restricciones y obligaciones que ello significa– que da lugar a su sobre explotación en un mundo construido según el modelo masculino.

Marcela Lagarde llama la atención sobre una fórmula enajenante: “el descuido para lograr el cuidado”. Es decir, el uso del tiempo y las energías principales de las mujeres en la atención a los otros: las mujeres son así seres para los otros, en conflicto con sus propios deseos de realización personal. Hay una contradicción vital en las mujeres producto de las transformaciones del siglo XX, es lo que Marcela Lagarde califica como sincretismo de género: tradición y modernidad a la vez en la posición femenina, tensión entre cuidar a los otros a la manera tradicional y desarrollarse a través del éxito y la competencia. Todo ello porque en la organización social hegemónica cuidar es ser inferior.

Este modelo civilizatorio histórico puede ser mejorado por la voluntad humana ¿lo que existe representa un orden bueno? ¿podríamos pensar en una mejor forma de sociedad?

El cuidado (que ha sido rol histórico de las mujeres) se propone como responsabilidad social y no como mera elección individual. La ética del cuidado es un valor público para la construcción de ciudadanía porque la responsabilidad por el bienestar colectivo garantiza el sentimiento de

comunidad. El interés por el cuidado de los otros, como valor universal y por tanto esperable y deseable en el comportamiento de ambos géneros, es una premisa ética insoslayable para la generación de nuevos y mejores modelos de sociedad. Por esto es indispensable, que la visión del desarrollo y las políticas públicas que lo procuran sean pensadas desde una perspectiva de género, analizando sus necesidades y aportes específicos en todas las esferas política, económica y social.

Los modelos macroeconómicos convencionales se basan en supuestos de carácter individualista y androcéntrico que caracterizan las teorías del consumo y el uso del tiempo. Se parte de una pretendida racionalidad económica de la conducta de los actores económicos, que excluye la incidencia de todo elemento afectivo implícito en las decisiones individuales, visión que no se corresponde con las formas predominantes en que los humanos, y particularmente las mujeres, establecen vínculos afectivos. Excluye el comportamiento basado en otros tipos de conducta tales como el altruismo, la empatía hacia otros, el amor y el afecto, la búsqueda del arte y la belleza por sí mismas, la reciprocidad, la solidaridad y el cuidado del prójimo; el comportamiento no-egoísta es visto como perteneciente al sector no mercantil, debe ser relegado al interior de la familia.

La perspectiva de los cuidados permite poner de manifiesto los intereses prioritarios de una sociedad, recuperar todos los procesos de trabajo, nombrar a quiénes asumen la responsabilidad del cuidado de la vida, estudiar las relaciones de género y de poder, y, en consecuencia, analizar cómo se estructuran los tiempos de trabajo y de vida de los distintos sectores de la población. La necesidad humana de cuidado incluye lo que podríamos llamar una dimensión más objetiva –que respondería más a necesidades biológicas– y otra más subjetiva que incluiría los afectos, el cuidado, la seguridad psicológica, la creación de relaciones y lazos humanos, etc. aspectos tan esenciales para la vida como el alimento más básico.

Es indispensable visibilizar el componente del cuidado como eje central del desarrollo y que valoricen el trabajo de cuidados, la responsabilidad colectiva y la igualdad de género en la provisión de cuidados.

Los cierto es que así como lo público excluyó a las mujeres, en las sociedades mercantilizadas la mano invisible del mercado ocultó la reproducción

ampliada de la vida base necesaria para el funcionamiento social, por ello, algunas han hablado del corazón invisible de los cuidados. Frente a esta lógica mercantil imperante, la propuesta consiste en recuperar y reformular la lógica del cuidado. Un cuidado que aparece aquí como modo de hacerse cargo de los cuerpos opuesto a la lógica securitaria de aislamiento y segregación, porque, en lugar de la contención, busca la sostenibilidad de la vida y, en vez de en el miedo, se basa en la cooperación, la interdependencia, el don y la ecología social.

El trabajo femenino que se dedica a las familias, sin percibir remuneración ni beneficios de seguridad social, ha sido tradicionalmente y continúa siendo la columna vertebral del cuidado y del subsidio a la protección social. Esto último, en virtud de que las mujeres, en su rol de cuidadoras, absorben el impacto principal de la falta y/o disminución la provisión pública de servicios de atención. Pero, las cuidadoras no remuneradas tienen una crónica falta de derechos de protección y seguridad social. El impedimento central para el reconocimiento de estos derechos ha sido el uso restrictivo de las palabras “trabajo” y “trabajador/a”, que se aplica sólo a quienes reciben pago por su trabajo.

Una ética de la convivencia que se base sólo en un modelo procesal y jurídico de las relaciones humanas carecería de la solidaridad y de la profundidad necesaria para humanizar la sociedad. El foco en el cuidado permite mostrar cuatro elementos clave:

- Lo afectivo como virtud pública: se trata de un criterio de ecología social, que rompe con la idea de que el cuidado pasa porque alguien te quiera y lo presenta más bien como un elemento ético que media toda relación. Se hace presente así el carácter radicalmente político del cuidado, porque –sin lugar a dudas– que lo afectivo es lo efectivo.
- Interdependencia: partimos del reconocimiento de la dependencia múltiple que se da entre las los habitantes de este planeta y contamos con la cooperación social como herramienta imprescindible para disfrutar en y de él. La tarea de politizar el cuidado pasa por abrir el concepto y tirar de los hilos que lo componen: cuidados remunerados económicamente, cuidados no remunerados, autocuidado y aquellas actividades que aseguran, en definitiva, la sostenibilidad de la vida. Las

personas dependemos unas de otras, las posiciones no son estáticas y no son sólo “los otros” los que necesitan ser cuidados.

- Transversalidad: El cuidado pone de nuevo de manifiesto que no podemos delimitar claramente tiempo de vida y tiempo de trabajo, porque su labor precisamente consiste en fabricar vida.
- Cotidianidad: el cuidado es esa línea continua que siempre está presente, porque si no, no podríamos seguir viviendo, sólo varía su intensidad, sus cualidades y su forma de organización (más o menos injusta, más o menos ecológica). Revalorización de las tareas cotidianas como materia prima de lo político, porque no queremos pensar la justicia social sin tener en cuenta cómo se construye en las situaciones del día a día.

La transformación y emancipación social requiere de la inoculación de las virtudes privadas en el ámbito público. La “conciencia ética” exige oír-la-voz-del-Otro, y con responsabilidad atender sus necesidades. El cuidado se propone como responsabilidad social y no mera elección individual. Se propone una ética del cuidado como un valor público para la construcción de ciudadanía. El norte del cambio ético será la construcción de una “sociedad del cuidado”. Esto no es una receta para mujeres sacrificadas, sino una línea sobre la que insistir para la transformación social radical.

En el siglo XXI ha de cambiar el sentido del cuidado, visibilizando su importancia desde una óptica de derechos y corresponsabilidad por el bienestar cotidiano, en un desarrollo humano sostenible con sensibilidad de género. Se trata de maternizar a la sociedad y desmaternizar a las mujeres, es decir de **feminizar las políticas de desarrollo**, aplicando este concepto en dos sentidos relacionados: a. la incorporación de las mujeres de manera frecuente, empoderada y paritaria en las decisiones públicas y b. incorporación de la visión femenina del cuidado en las decisiones y las políticas para el desarrollo.

Feminizar el mundo significa construir una cultura dual, incluyente; haciendo política de otra manera, partiendo de la experiencia y los saberes de cuidar la vida, con un ejercicio del poder que no sea un desierto emocional y con la conciencia de la necesaria reparación histórica que necesitamos.

Experiencias de feminización del desarrollo en el Socialismo del Siglo XXI en Venezuela

En Venezuela, la emancipación y justicia de género hacia las mujeres, está en el corazón del cambio revolucionario, no solamente por motivos de justicia, sino también porque es la condición y garantía de un verdadero cambio ético, indispensable para la transformación social. Decía Marx que el grado de justicia de una sociedad podía evaluarse por la forma en que se trata a las mujeres. La igualdad y la equidad de género son inseparables de la humanización social, y condición necesaria de la emancipación.

Ya hace casi 10 años que Constitución de la República Bolivariana de Venezuela refundó la República “*para establecer una sociedad democrática, participativa y protagónica, multiétnica y pluricultural*” como espacio para la realización personal y colectiva, garantizando el derecho a la justicia social y a la igualdad sin discriminación ni subordinación alguna, para lo cual es necesario garantizar y producir la participación protagónica igualitaria de todas y todos las y los ciudadanos de manera efectiva. La Constitución está cruzada de manera transversal por el enfoque de género, lo que fue posible por la intensa y coordinada participación de mujeres organizadas de manera amplia e inclusiva.⁴ La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela incluye a las mujeres (así como a otros grupos antes invisibles como los pueblos indígenas, los discapacitados, etc.) desde un enfoque de derechos, lo más importante es que establece que “tenemos derecho a tener derechos” (Morelba Jiménez, 2000: 67).

Las conquistas fundamentales de las mujeres con la **Constitución de la República Bolivariana aprobada en 1999**, fueron:

- el uso no sexista del lenguaje que visibiliza la presencia, la situación y el papel de la mujer en la sociedad, que ha fomentado la hoy ya extendida utilización de un lenguaje libre de sexismo en los medios de comunicación y en la sociedad en general, fue una importantísima legitimación inicial.

4 Participaron en la lucha por la inclusión en la CRBV de la equidad y la igualdad de género las políticas de partido, las feministas, las integrantes de la ONG, las mujeres de los sectores populares, y hombres comprometidos que también defendieron las propuestas.

- el reconocimiento expreso de la igualdad entre los sexos (Art. 21)
- la inclusión de las medidas positivas como garantía de la igualdad real y efectiva (Art. 21)
- reconocimiento de rango constitucional y prevalencia de jerarquía de tratados, pactos y convenciones relativos a derechos humanos, suscritos y ratificados por Venezuela, con lo cual tiene rasgo constitucional la CEDAW/CEDIM y la Convención de Belén do Pará (Art. 23)
- inclusión de los derechos sexuales y reproductivos (Art. 76) que expresamente establece “el derecho a decidir libre y responsablemente el número de hijos e hijas que deseen concebir y a disponer de la información y de los medios que les aseguren el ejercicio de este derecho”, aunque en ese mismo artículo se incluye la protección a la maternidad desde la concepción, lo que parecería impedir legislaciones sobre la interrupción del embarazo⁵.
- el reconocimiento del trabajo como actividad fundamental para el desarrollo humano integral, y el trabajo del hogar como actividad económica que crea valor agregado y produce riqueza y bienestar social y derecho a la seguridad social de las amas de casa (Art. 88), que actualmente se está haciendo efectivo con la Ley de Protección a las Amas de Casa, como veremos más adelante.

En otro orden de ideas es importante apuntar que la Carta Magna tiene enfoque de Desarrollo Sustentable (Art. 127 y 128) y Desarrollo Humano Integral (Art. 299). Se establece la participación protagónica del pueblo y sus condiciones, así como la obligación institucional de facilitar las condiciones favorables para su práctica (Art. 62). La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela abrió el camino para el proyecto común de una nueva sociedad –como dice María del Mar Llovera–, una sociedad con equidad e igualdad real, sobre todo proporcionó una orientación ética, filosófica y política que está en desenvolvimiento constante.

5 Hay en este sentido algunas diferencias de opinión, ya que algunas compañeras indican que no protegiendo el embrión sino la maternidad no habría impedimentos para las interrupciones del embarazo. Lo cierto es que una y otra vez, y veamos los ejemplos actuales, el tema de la interrupción del embarazo se utiliza para chantajear las propuestas de las nuevas constituciones y ya nos imaginamos quiénes salen perdiendo.

La participación protagónica de las mujeres ha venido siendo un hecho creciente y constante en el proceso de construcción social bolivariano de Venezuela. En **1999** comenzó a actuar efectivamente el **Instituto Nacional de la Mujer (INAMUJER)**, con el objetivo de superar las discriminaciones contra las mujeres para lograr su plena inclusión en una sociedad verdaderamente justa y la **Defensoría Nacional de la Mujer**, como instancia jurídica de INAMUJER para apoyar y asistir a las mujeres en la defensa de sus derechos. Se presta atención a las mujeres víctimas de violencia de género a través de una línea telefónica de alcance nacional, de talleres preventivos y de Casas de Abrigo. La característica fundamental de esta acción institucional es el compromiso transformador con las mujeres del pueblo, se trata de incorporar a las más excluidas y de integrarlas de forma participativa y protagónica. En el marco de esta orientación se fueron creando los Puntos de Encuentro, que constituyen una instancia de organización, para la discusión de problemas, búsqueda de soluciones y formación de redes de solidaridad.

En septiembre del **2001**, se presentó el primer Plan de Desarrollo de la Nación 2001-2007 que buscaba cinco equilibrios: económico, social, político, territorial, internacional fundamentados en la participación protagónica del pueblo. Y donde se planteaba el desarrollo de la economía social como vía alternativa y complementaria basada en la organización de un sistema de microfinanzas, en el que ubicó al Banco de Desarrollo de la Mujer.

El **Banco de Desarrollo de la Mujer (BANMUJER)** fue creado el 8 de marzo de 2001 con la misión de “facilitar a las mujeres, en condiciones de pobreza, (las más pobres entre los pobres) en forma relativamente rápida y oportuna, servicios financieros y no financieros, con el propósito de que obtengan herramientas productivas para su plena inserción en el desarrollo socio-económico del país y sus beneficios, todo ello en el contexto de la acción soberana y protagónica, diseñada, para y desde nuestro pueblo en la Constitución Bolivariana” (BanMujer, 2007). La práctica de microfinanciera pública desarrollada en BANMUJER tiene enfoque de género, clase y etnia para combatir la pobreza, con una visión de la economía al servicio del ser humano.

Nora Castañeda, presidenta del BanMujer dio los siguientes datos:

“A 2007, el aporte del Banco de Desarrollo de la Mujer, perteneciente al Ministerio para la Economía Popular de Venezuela, había otorgado 76.659 créditos, con una inversión de 234,51 millardos de bolívares. Ello generó en aquel período más de 395 mil empleos. Además, benefició a 2.265 cooperativas y a 73.490 unidades económicas asociativas, fortaleciendo los sectores manufacturero, de servicios, agrícola y del comercio. Un total de 2 millones de venezolanas fueron favorecidos por la institución financiera.” (27-08-2008, entrevista realizada por Oliverio Comte y publicada en Rebelión.org)

El Banco de Desarrollo de la Mujer se plantea realizar una transformación de los valores y la subjetividad impulsando la formación redes socio-productivas con perspectiva de género, buscando el empoderamiento de las mujeres basado en la solidaridad y la cooperación. Así se ha ido construyendo Red Popular de Usuarias de BanMujer, que es una organización popular de base, autónoma, que debe dar garantía del desarrollo socio-productivo, soberano y protagónico de las usuarias de Banmujer, sus familias y comunidades, desde el desarrollo local, con una visión integral, nacional e internacional, conformando el poder popular. De esta manera se pretende hacer viable, de manera corresponsable, las políticas públicas generadas por el gobierno. Así como, participar de manera activa en su diseño, evaluación y control social.

El fin último es crear organización, ciudadanía y tejido social desde el protagonismo, empoderamiento y soberanía de las mujeres, en condiciones de pobreza, para la construcción de la economía popular y solidaria y el desarrollo endógeno con equidad de género. El desarrollo endógeno implica el desarrollo de economías en regiones o territorios desde adentro integrando las fuerzas económicas y socio culturales, a partir del entorno local que estimula la producción y favorece el desarrollo sostenible. BanMujer y Red Popular de Usuarias trabajan en reforzar la asociatividad, la organización, la cooperación, la convivencia solidaria para generar procesos y tejidos de redes socio-productivas locales como forma de ir construyendo y consolidando los sujetos sociales, los liderazgos colectivos y dar sustentabilidad a la participación de las mujeres en la conquista de los objetivos del Milenio y del Plan de Acción de Beijing, a través de la educación popular. La Red Popular de Usuarias trabaja de manera participativa en corresponsabilidad

con autoridades y otros grupos comunitarios en la formulación de Agendas de Desarrollo Humano Local con Equidad de Género.

BANMUJER ofrece dos tipos de servicios a las mujeres necesitadas: los microcréditos (servicios financieros) sin garantías prendarias y asistencia técnica integral (servicios no financieros) para acompañarlas en todo el proceso, desde la formulación de proyectos a la producción, organización, métodos de administración y comercialización. Se llega a las mujeres de las comunidades más pobres mediante una red de promotoras que viven en sus zonas de trabajo, que inician con la capacitación con un taller sobre economía popular, impulsando la organización de las mujeres en Unidades Económicas Asociativas, o en cooperativas. El Banco de Desarrollo de la Mujer ha otorgado de manera preferencial apoyo financiero a mujeres pertenecientes a los pueblos originarios y se han adelantado proyectos especiales dirigidos a la mujer indígena.

A mediados del año **2003**, se crearon las **misiones sociales bolivarianas**, dirigidas a saldar la deuda social producida por décadas de despilfarro y exclusión social, y a construir el nuevo Estado social revolucionario. Se trata de un modelo de políticas públicas caracterizado por la agilidad, flexibilidad, el despliegue territorial y hacia los más pobres, y por la participación directa de las comunidades. Las misiones han permitido el rescate progresivo de los valores de cooperación y organización colectiva y solidaria. En las misiones hay una gran participación y protagonismo de las mujeres, más de la mitad de las y los participantes son femeninas.

Las misiones proponen la plena incorporación de las mujeres al desarrollo comunitario, como presupuesto fundamental para superar la inequidad que aún hoy enfrentan y garantizar la igualdad de todos y todas. De hecho, la mayoría de nuevos liderazgos comunitarios surgidos en el marco de la organización popular para su despliegue son mujeres, lo que pone en evidencia su protagonismo efectivo y consciente. Las misiones son educativas: Robinson (alfabetización y primaria), Rivas (secundaria y profesional), Sucre (universitaria); en salud: Barrio Adentro (atención primaria en salud), Milagro (transtornos visuales degenerativos), Sonrisa (rehabilitación odontológica), Gregorio Hernández (discapacitados); alimentación: Casas de Alimentación (provisión de dos comidas diarias en zonas en pobreza);

Mercal (comercialización de alimentos); transformación del modelo socioeconómico: Vuelvan Caras/Che Guevara (formación, capacitación y organización de experiencias comunitarias de economía solidaria); pueblos indígenas: Guacaipuro; Misión Cultura, Misión Ciencia y Misión Música; y atención directa a los más pobres: Misión Negra Hipólita (atención a los indigentes y personas en situación de calle), Misión Madres del Barrio y Misión Niños y Niñas del Barrio.

La **Misión Madres del Barrio “Josefa Joaquina Sánchez”**, creada en marzo de **2006**, consiste en apoyar a las amas de casa, que se encuentren en situación de pobreza o necesidad, a través de una asignación mensual equivalente a 80% del salario mínimo, que podrá ser temporal o permanente, a aquellas mujeres en situación de necesidad, que tengan bajo su dependencia más de tres hijos y carezcan de un ingreso mensual o que el mismo sea inferior al costo de la canasta alimentaria. Es misión va al encuentro de la problemática de las jefas de familia solas ante el sostén y el cuidado del hogar, para quienes el hogar y los hijos retroalimentan el círculo de la pobreza. Por eso, la pobreza tiene cara de mujer. El cuidado infantil es el componente del trabajo reproductivo que más restringe la participación de la mujer en la actividad económica. La compensación económica a la provisión de cuidados es un reconocimiento –de acuerdo a lo que establece el Art. 88 de la Constitución Bolivariana– a su valor económico y su aporte social.

Para la identificación, selección y el acompañamiento de las mujeres beneficiadas se incorporó coordinadamente la participación de las comunidades venezolanas y se conformaron los Comités de Madres del Barrio (CMB), que son instancias organizadas con el objetivo de ejercer la solidaridad directa dentro de la comunidad. Y teniendo como norte el empoderamiento para la participación protagónica, se apoya y capacita a las mujeres para desarrollar iniciativas socioproductivas que les permitan acceder al trabajo remunerado, y al mismo tiempo se les da formación en derechos reproductivos y humanos.

A partir de 2007 se define el Primer Plan Socialista que se orienta a la construcción del Socialismo del Siglo XXI, basado en las siguientes directrices: Nueva Ética Socialista (humanismo y herencia histórica de Simón Bolívar), Suprema Felicidad Social (estructura social incluyente, con un

modelo productivo endógeno), Democracia Protagónica Revolucionaria, Modelo Productivo Socialista (satisfacción de las necesidades humanas), Nueva Geopolítica Nacional (redes de ciudades y sustentabilidad), Potencia Energética Mundial y Nueva Geopolítica Internacional. La Nueva Ética Socialista se fecunda con la visión feminista de las relaciones sociales.

En un esfuerzo por promover la responsabilidad compartida entre hombres y mujeres en la vida familiar, y superar los estereotipos de género, se aprobó la **Ley para Protección de las Familias, la Maternidad y la Paternidad**, en septiembre de 2007 que establece que el Estado protegerá a las familias en su pluralidad, con independencia de origen o tipo de relaciones familiares. En esta ley se sustenta en el principio de igualdad de derechos y deberes entre las y los integrantes de las familias que constituye la base del ejercicio del principio de la responsabilidad compartida y la solidaridad familiar y se establece que el padre disfrutará de un permiso o licencia de paternidad remunerada de catorce días continuos contados a partir del nacimiento de su hijo o hija, a los fines de asumir, en condiciones de igualdad con la madre el acontecimiento y las obligaciones y responsabilidades derivadas en relación a su cuidado y asistencia (art. 9). La licencia por paternidad es sufragada por el Sistema de Seguridad Social, y también se disfruta en el caso de adopción. Se dispone el acceso a métodos y estrategias para la planificación familiar y para el ejercicio de una sexualidad sana y responsable, y la obligación del estado de incluir la reproducción asistida en los servicios públicos de salud y se instaura la prueba de ADN para la paternidad biológica.

Considerado por todas las mujeres como un gran logro en la equidad, igualdad y justicia de género es **Ley Orgánica sobre el Derecho de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia**, aprobada y publicada en 2007, que desde el enfoque de derechos, crea condiciones para prevenir, atender, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en cualquiera de sus manifestaciones y ámbitos, impulsando cambios en los patrones socioculturales que sostienen la desigualdad de género y las relaciones de poder sobre las mujeres, para favorecer la construcción de una sociedad justa, democrática, participativa, paritaria y protagónica.

La Ley se basa en un concepto amplio de violencia de género, se señala que la violencia contra las mujeres... *“comprende todo acto sexista que tenga*

o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual, psicológico, emocional, laboral, económico o patrimonial; la coacción o la privación arbitraria de la libertad, así como la amenaza de ejecutar tales actos, tanto si se producen en el ámbito público como en el privado” (art 14). Y se consideran diecinueve tipos de violencia de género en contra de las mujeres: violencia psicológica, acoso u hostigamiento, amenaza, violencia física, violencia doméstica, violencia sexual, acceso carnal violento, prostitución forzada, esclavitud sexual, acoso sexual, violencia laboral, violencia patrimonial y económica, violencia obstétrica, esterilización forzada, violencia mediática, violencia institucional, violencia simbólica, tráfico de mujeres, niñas y adolescentes, trata de mujeres, niñas y adolescentes. Por mandato de esta ley se han creado en Venezuela, en 2008, se crearon los primeros ocho Tribunales de violencia contra la Mujer de Latinoamérica, que cuentan con un equipo multidisciplinario, el cual está conformado por abogados, médicos, educadores, trabajadores sociales, psicólogos, alguaciles, secretarios y asistentes. Se trata de implementar la Justicia de Género con equidad.

Desde mayo de 2005, mediante punto de cuenta firmado por el Presidente de la República, Hugo Chávez Frías, se instruyó la incorporación de la perspectiva de género en el sistema presupuestario venezolano como herramienta para la eliminación de la pobreza, el logro de la igualdad de género y la justicia social. Para la Ley del Presupuesto **2008**, se logró la institucionalización del enfoque de género en el presupuesto nacional en dos aspectos: a. manejo conceptual a lo largo de toda la Ley y su fundamentación; b. la desagregación de información de gastos dedicados a temas de género.

En el proceso de planificación y presupuesto para el año 2009 se incorporó el lineamiento de que todas las instituciones públicas del poder central deben tener al menos un proyecto dirigido a la equidad de género, aparte de que se enfatizó la necesidad de contabilizar las poblaciones objetivo y poblaciones atendidas por sexo, así como hacer seguimiento al número de mujeres y hombres gerentes de proyectos del poder central. Los Presupuestos Sensibles al Género en los niveles local y nacional de gobierno, son instrumento de transversalización del enfoque de género en las políticas públicas para incorporar las necesidades prácticas y los intereses

estratégicos de las mujeres dentro del quehacer del sector público de forma rigurosa y concreta.

Terminaremos el año 2008, con el logro de reconocimiento material de los trabajos de cuidado no remunerado que realizamos las mujeres, ya que ha sido aprobada en primera discusión la Ley de Protección Social a las Amas de Casa, que establece la pensión para las amas de casa mayores de 55 años y asignaciones económicas para las amas de casa en situación de necesidad.

Esta ley da cumplimiento al Art. 88 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y tiene entre sus objetivos romper con la cultura patriarcal, que establece roles rígidos de género, determinando el dominio del masculino sobre la mujer y la familia, y que invisibiliza el trabajo del hogar y lo asigna de manera exclusiva a las mujeres, sometiénolas a un trabajo obligatorio que limita su tiempo y genera obstáculos a su participación plena y protagónica en las decisiones sociales. Se establecen una serie de medidas de carácter educativo y comunicacional para ir logrando la corresponsabilidad entre los sexos y la corresponsabilidad familiar-comunitaria y estatal para el trabajo del hogar y el cuidado de las personas.

También durante este año ha habido un importante avance en la paridad política de las mujeres con la resolución del Poder Electoral que establece que las postulaciones a los Consejos Legislativos deberán tener una composición paritaria y alterna, de cincuenta por ciento (50%) para cada sexo. En aquellos casos que no sea posible aplicar la paridad dicha postulación deberá tener como mínimo el cuarenta por ciento (40%) y como máximo el sesenta por ciento (60%) por cada sexo.

La paridad participativa de las mujeres venezolanas estará garantizada de manera completa con la Ley Orgánica para Equidad y Igualdad de Género, que ha sido también aprobada en primera discusión, y tiene como objetivo garantizar la paridad de género como propulsora de la democracia participativa y protagónica para alcanzar la igualdad en el ejercicio del poder y en la toma de decisiones en todos los ámbitos de la sociedad. En ella se establece la paridad (50%) con alternabilidad en cargos de dirección de partidos políticos, consejos comunales, en las listas de postulación, en los sindicatos y gremios, en las juntas directivas de las empresas del estado y en fin, en todos los espacios de decisión social.

En Venezuela, a partir de un concepto del desarrollo como emancipación social, estamos construyendo una sociedad en marcha hacia el socialismo del siglo XXI, donde no se actúa con compromiso de justicia social y de justicia de género porque la neutralidad frente a la desigualdad aumenta la brecha existente. La perspectiva de género es un imperativo ético indispensable para la construcción de una sociedad democrática socialista humanista de justicia.

Bibliografía

BANMUJER

2007 *BANMUJER, instrumento para la construcción del socialismo bolivariano*. BANMUJER, Caracas.

BEIGEL, Fernanda

2006 Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia. *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* CLACSO, Buenos Aires.

BENERÍA, Lourdes

1999 “Mercados Globales, Género y el Hombre de Davos.” *La Ventana*, NÚM. 10 / 1999

CARRASCO, Cristina

2001 “La sostenibilidad de la vida humana ¿un asunto de mujeres?” *Mientras Tanto*, N° 82, otoño-invierno 2001, Icaria Editorial, Barcelona.

DE LA CRUZ, Carmen

2007 *Género, Derechos y Desarrollo Humano*. San Salvador: Proyecto América Latina Genera (PNUD) Elaborado con la colaboración de la Escuela Virtual de Desarrollo Humano (PNUD).

FURTADO, Celso

1974 *El desarrollo económico: Un mito*. Siglo XXI, México.

GARCIA PRINCE, Evangelina

2008 Políticas de Igualdad, Equidad y Gender Mainstreaming ¿De qué estamos hablando? PNUD - GENERA, San Salvador.

- JIMÉNEZ, Morelba
 2000 “Mujeres protagonistas y el proceso constituyente en Venezuela”. PNUD, Nueva Sociedad, UNIFEM, Caracas.
- MENDOZA, Breny
 1996 “Género en la estrategia de desarrollo humano”. En: *Revista Centroamericana de Economía*. Postgrado Centroamericano en Economía y Planificación del Desarrollo. Universidad Nacional Autónoma de Honduras. (46-47). May.-Dic. 1996. p.p. 103-110.
- MENDOZA, Rosa
 s/f “El género y los enfoques de desarrollo”. En: *generoyambiente.org/admin/admin_biblioteca/documentos/mendoza.pdf*. [Obtenido 05/09/2008].
- MOSER, Carolina
 1996 *Planificación de Género y Desarrollo. Teoría, práctica y capacitación*. Red Entre Mujeres y Ediciones Flora Tristán, Lima.
- PARELLA RUBIO, Sonia
 2003 “Repensando la participación de las mujeres en el desarrollo desde una perspectiva de género”. En: *Papers, Revista de Sociología*. N° 69, 2003. Universidad Autónoma de Barcelona
- PNUD
 1990 *Desarrollo Humano: Informe 1990*. Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- PORTOCARRERO, Patricia y RUIZ BRAVO, Patricia
 1990 *Mujeres y desarrollo: Recorridos y propuestas*. Lima, Flora Tristán - Centro de la Mujer Peruana: IEPALA Editorial, Lima.